



Varios inmigrantes gitanos, en el Boulevard donostiarra, donde se reúnen de forma habitual. Juan HERRERO | EFE

Miles de gitanos del Este europeo eligen el Estado español para huir de la pobreza

Edificios abandonados o campamentos improvisados en las afueras de varios municipios cobijan, casi siempre en condiciones precarias, a muchos de los miles de gitanos del Este de Europa que han llegado al Estado español para huir de la pobreza, migración que aumentó desde que Rumanía y Bulgaria dieron sus primeros pasos hacia la Unión Europea.

Se les puede ver en las calles de Madrid, Barcelona, Valencia, Murcia, Sevilla o Donostia y, aunque muchos han conseguido asentarse, todavía son demasiados los que viven en naves industriales vacías, casas deshabitadas o en campamentos levantados mientras recorren el país como temporeros. También son obreros, se dedican a recoger chatarra y algunos a la mendicidad, por eso son más visibles que los inmigrantes de otras procedencias.

«No hay trabajo, es todo muy difícil. Si tuviéramos trabajo y casa no estaríamos en la calle», confesó a Efe un gitano búlgaro que, tras un periplo de tres años por tierras catalanas y manchegas, vive ahora en un instituto abandonado del barrio donostiarra de Martutene.

Allí conviven más de cien gitanos, la mayoría de la ciudad rumana de Blaj, que recogen plásticos y metales de la basura y los venden a peso en las chatarrerías de los alrededores, con lo que algunos pueden llegar a ganar cerca de mil euros al mes.

Se trata de mujeres y hombres que, en ocasiones, llevan a sus hijos consigo porque la de los gitanos del

Este es una inmigración en familia que a veces reúne hasta tres generaciones en el mismo peregrinaje, así que, con frecuencia, se pueden encontrar niños que desempeñan las mismas labores que los adultos, un asunto delicado que ha provocado la intervención de los servicios sociales de algunos municipios.

«¿No sabes qué hace aquí la Policía?», preguntó un hombre. Se refería a la patrulla de la Ertzaintza que al otro lado de las vías del tren, en el camino al Instituto que ocupan, identificaba a los romaníes que pasaban con sus carros vacíos. «Es un simple chequeo», explicó un agente, «porque no todas las piezas que venden proceden de la basura, algunas las cogen en fábricas abandonadas, pero otras son robadas».

Y es que se han registrado varias denuncias por robo de metales en empresas de la provincia.

«Se trata, en general, de una inmigración que se mueve en los intersticios de la sociedad, viven con lo mínimo», comentó la antropóloga Adriana Villalón, quien explicó que «la falta de capacidades profesionales de la mayoría de los gitanos del Este los hace más vulnerables que a otros colectivos de inmigrantes y les dificulta, aún más si cabe, el acceso a una vivienda». Además, algunos sectores de la comunidad no están acostumbrados al trabajo regularizado continuo, y eso «choca con el proyecto de vida de una sociedad como la nuestra», aunque

aseguró que «a los que están aquí no les falta voluntad para trabajar».

En Rumanía «el 45% de la población vive en el umbral de la pobreza», aseveró la presidenta de la Asociación Rumano-Moldavo-Hispana Trajano, Ligia Mihaela, quien señaló que esta situación «la sufre especialmente la minoría étnica gitana».

Esta opinión es compartida por Miguel Monseill, uno de los responsables de Lungo Drom, un proyecto para la integración sociolaboral de esta etnia del Este de Europa que habita en el arco Mediterráneo. «Los gitanos fueron los primeros despedidos de las fábricas tras la caída del régimen comunista con el reajuste económico. Lo tienen difícil para acceder al mundo laboral porque su nivel de formación, en general, es más bajo», explicó.

A esto, según Monseill, hay que sumar «la marginación histórica en sus países de origen, el sentimiento 'antigitano' surgido a principios de los 90 y la segregación espacial y escolar que perdura en países como Rumanía».

Por eso, cuando una normativa europea permitió en 2002 la circulación de búlgaros y rumanos sin visado por la UE durante 90 días, el Estado español se convirtió por su clima en uno de los destinos preferidos de los gitanos.

Las inundaciones que han asolado Europa del Este en los últimos años y que han dejado sin hogar a cientos de personas han provocado el impulso que les hacía falta a algunos para hacer las maletas. Nuria FERNÁNDEZ